

TIEMPO RECOBRADO

Veranear en el norte

PEDRO G. CUARTANGO

Actualizado: 03/08/2015 02:19 horas

179

21

España siempre ha sido un país dividido. Nuestra identidad se establece en la oposición a los demás. El infierno es siempre el otro, parodiando a **Sartre**. Ahí están la España liberal frente a la conservadora, la anticlerical frente a la católica, la centralista frente a la periférica, la monárquica frente a la republicana o la del Madrid frente a la del Barça. Uno no es nada si no está contra algo.

"Pasar las vacaciones en el Mediterráneo o en las cosas andaluzas es para los que aman el calor, el jaleo, las frituras y la vida nocturna. A mí lo que me gustan son los agostos con jersey"

Yo también formo parte de la España que veranea en el norte frente a aquella que prefiere el sur. Pasar las vacaciones en el Mediterráneo o en las costas andaluzas es para los que aman el calor, el jaleo, las frituras y la vida nocturna. A mí lo que me gustan son los agostos con jersey. Acabo de llegar a Baiona y el día ha amanecido cubierto con una espesa neblina. El gris del cielo se funde con el color del granito de las calles y las casas de esta villa colgada sobre una de las bahías mas esplendorosas que he visto. Incluso el mar se suma a la atonía de una jornada que invita a tomarse un vermut y luego echarse una larga siesta, acunado por el sonido de las gaviotas.

A mí, siempre tan proclive a la nostalgia, estos veraneos de Baiona me recuerdan a los de mi infancia en Comillas, Laredo o Castro Urdiales, marcados por la lluvia y un dulce aburrimiento que aún añoro. Eran meses de agosto en los que nunca pasaba nada salvo los torneos de verano y los fichajes de Primera para la nueva temporada.

Baiona ofrece muchos atractivos para quienes prefieren la vida contemplativa. El mayor, los bosques y los parajes

de sus alrededores, que permiten al caminante perderse en senderos no hollados donde uno puede toparse con un castro celta.

Otro gozo de esta villa marinera y burguesa son los atardeceres. Desde el paseo marítimo junto al parador, ayer vimos cómo una gigantesca bola roja se ocultaba bajo la línea del horizonte del mar tras incendiar las nubes. Impresiona pensar que desde aquí a las costas americanas sólo hay océano.

Pero lo que más me gusta es dar una vuelta por el centro del pueblo a la caída de la tarde, que, lejos de la uniformidad de los enclaves turísticos, ofrece una prodigiosa diversidad de tipos humanos que va desde el hortera de discoteca al teósofo que busca la sabiduría en el fondo de un vaso de albariño.

Todos pugnan por una tortilla de O Refuxio, mítico lugar de peregrinaje para los amantes de este manjar en el que, contra lo que se cree tópicamente, es tan difícil de dominar el punto de cuajo del huevo y la textura de la patata como la alquimia de **Paracelso**.

Yo me dejo llevar por todas estas rutinas y me olvido de los sinsabores -y el infernal calor- de Madrid hasta septiembre. En este ambiente de meigas, cruceros y aguardiente de orujo, la capital me parece un lugar remoto y de escaso interés.

Es un lujo salir a caminar, toparse con algún conocido y hablar del tiempo en lugar de **Artur Mas**. Veranear en el norte tiene la gran ventaja de que siempre se duerme con una manta y que uno puede sentarse en un banco de granito para disfrutar de los efluvios del mar, que todavía aquí huele a mar.

Menos mal que las naves de **Julio César** fracasaron en la conquista de estas tierras que, afortunadamente, siguen sin romanizarse. Los de Miranda, que somos de origen autrigón, o sea celtas viejos, nos sentimos como en casa en estos lares donde las brujas mandan sobre los imperativos de **Júpiter** y **Jano**.